

Navarra en la obra de Eduardo Marquina

Seríamos ingratos con Eduardo Marquina (1879-1946), si entre nosotros pasara inadvertido el primer centenario de su nacimiento. No podemos olvidar al que se acordó de Navarra en su prosa narrativa, en su teatro y, sobre todo, en su lírica y épica¹.

LAS HIJAS DEL CID

Cronológicamente la primera alusión importante a Navarra aparece en su obra dramática *Las hijas del Cid* (I, 499-624). El drama, o canto, como el autor lo denomina en la dedicatoria, es de 1908. Las escenas finales, las nueve últimas páginas, nos pintan los sentimientos del Cid y de sus hijas ante la propuesta del casamiento regio. Dice el conquistador de Valencia a su hija doña Sol:

Me pide el rey de Navarra tu mano,
me pide el rey de Aragón la de Elvira...
Por ti entrará realeza en mi casa
y llevará corona en tus hijos.
Sangre del Cid y sangre de reyes
se han de mezclar en tus hijos... ¡Oh, pueda
besar yo un día su frente menuda!

Pone fin al drama la aparición de los reyes en la puerta, vestidos de hierro, caladas las celadas: impenetrables como destino fatal.

Los hechos desarrollados en la escena no son invención de Marquina, En el *Cantar de Mio Cid*² había asistido el dramaturgo a la entrada del caballero Ojarra u Ocharra, rogador del infante de Navarra, para besar las manos del rey don Alfonso y pedir a Mio Cid el Campeador su hija para reina de Navarra. De hecho la hija del Cid nunca llegó a ser reina de Na-

1 He manejado los ocho volúmenes de sus *Obras Completas*, Madrid, Aguilar. Los siete primeros, de 1944; el último, de 1951. Las cifras romana y árabe adjuntas a los títulos o textos remiten respectivamente a tomo y página de esa colección, o a la página del tomo recién citado.

2 Versos 3394 ss.

varra, si bien en sus descendientes se mezcló sangre del Cid y sangre de Reyes³.

TIERRAS DE ESPAÑA

Si, antes de abrir este libro, buscáramos algunos juicios críticos, se nos diría que es el libro poético más importante de Marquina, que el autor se muestra como poeta civil, como cantor de España, de su tradición, de sus gentes y problemas. Y al acabar de leer el libro, solamente estaríamos de acuerdo en que realmente es un libro poético muy importante, el más importante del autor. Comprobaríamos también que el título es un tanto desorientador, pues no canta a las tierras de España en general, sino muy particularmente a las tierras de Navarra, sobre todo a las próximas a Roncesvalles. Me pregunto si no será éste el mejor poema o colección de poemas que se ha escrito sobre Navarra⁴.

El libro (VI, 643-765) lleva al fin la fecha de su composición: Roncesvalles, 1912; Madrid, 1914. Y en Madrid se imprimió en 1914. Va estructurado en un prólogo y tres partes. La primera, titulada «ser», nos ofrece la visión de las tierras cercanas a Roncesvalles, cercanía en que el poeta debió de pasar varias semanas del verano de 1912. Contemplamos los

3 Véase José María LACARRA, *Historia político del Reino de Navarra, desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, vol. I. Pamplona, Ed. Aranzadi, 1972, pp. 296-297 y 330. Véanse igualmente las páginas de don Ramón MENÉNDEZ PIDAL, así las que comentan el Cantar, como las de *La España del Cid*. Y no hay que olvidar a Antonio UBIETO ARTETA, *Observaciones al "Cantar de Mio Cid"*, en la revista "Arbor" 37 (1957), número de junio, 145-170, sobre todo lo relativo al parentesco de los reyes de España y al topónimo Navarra.

4 Es sorprendente el mal humor de Julio CEJADOR Y FRAUCA, *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, t. XI, Madrid, 1919, p. 249. No quiso entender el libro: Lo que es España no lo siento al leer la primera parte: solamente hallo algunos nombres de pueblos de Navarra y el "ay-dá" de los "gizones". A Cejador todo se le va en denuestos del modernismo y del afrancesamiento. Al fin halla algún consuelo: "Gracias que en la leyenda de "Santa María de Roncesvalles" Marquina sigue siendo poeta español". Eduardo JULIA MARTÍNEZ, en 1942, en la revista "Cuadernos de Literatura" dedicaba un largo estudio a *Eduardo Marquina, poeta lírico y dramático*, y a propósito de lo nuestro, en la página 118, se limitaba a decir que "así derivaron los poemas geórgicos hasta el libro *Tierras de España*". A raíz de la muerte de Marquina, Gerardo DIEGO, *Eduardo Marquina (1879-1946)*, en "Revista de Indias" 7 (1946) 1037, puntualizaba: "En cambio, si la cálida difusión en los ámbitos teatrales ha favorecido la fama del poeta, ha oscurecido, por contraste, otras inspiraciones suyas de la mayor alteza, confiadas primero a la recitación y después a las páginas del libro. Tal sucede, dentro del ciclo patrio, sentido geográfica e históricamente, con el poema dilatado de "Tierras de España", en que la de Navarra caldea su verbo y le eleva por momentos a una soberanía expresiva, digna de la excelencia del motivo. He aquí cómo canta la impaciencia de la unidad espiritual de la dispersa España, postulada desde las cumbres pirenaicas:

Porque estos remansos quedos ..."

Cita cuatro estrofas (VI, 724). En la revista "Príncipe de Viana" 7 (1946) 844, última página, se consignaba que en la prensa del 22 de noviembre se comunicaba la muerte repentina del gran poeta don Eduardo Marquina, en Nueva York.

prados y bosques, con su fauna, con sus hombres y mujeres, con sus pueblos. La segunda parte, titulada «trascender», dedica una sección al ciclo carolingio; otra, a Sancho el Mayor, y otra, a las ruinas en la montaña. La tercera parte, titulada «durar», va consagrada a Santa María de Roncesvalles.

Imposible reflejar en pocas ni en muchas páginas las bellezas encerradas en el libro. Su lectura no puede suplirse con ninguna exposición. Con todo, intentaremos apuntar algunos de los pasajes que más pueden interesar al lector de Navarra, para suscitar el deseo de aquella lectura completa.

En el prólogo recuerda a su Musa montañera, cuya voz, diez años antes, había sido guía del poeta en los retamares, bajo los pinares de su tierra catalana⁵. Ha vuelto a hallar o desea hallar a la Musa montañera en las alturas de Roncesvalles:

¡Milagro sería
que hoy te tropezara sin melancolía
por estos oteros, entre estos gañanes!

A las voces del poeta responde otra voz serena desde el hayal:

Tengo una rapaza que es codiciadera;
se lava en las fuentes, duerme en la ladera;
con su mano grácil sacude la esquila
de la yegua madre que paze tranquila;
cuida de los nidos en los matorrales,
pone guijas blancas en los manantiales,
anda a pasos quedos por la hierba sorda,
y donde hubo fuego sopla la ceniza;
mulle a los chivatos el heno en la borda;
cuando ve pastores, les da en la pelliza.

... Como es mi apariencia primera y graciosa,
me rozo por ella con la turba humana;
y nada le piden viéndola piadosa,
si no es que a diario les llene, hortelana,
de flores olientes o fruta sabrosa
la cesta de mimbres o el halda de grana. (647-648)

... Mira que no en vano, por estos rincones,
dejaron un día, milagrosamente,
la Francia sus huesos, y Roldán, su **maza**.

⁵ Imagino que se refiere a su obra *Elegías*, cuya segunda parte se titula "En la montaña" (VI, 177).

La edad de los héroes la llevo en mi entraña;
la historia de un pueblo toda es de montaña;
piensa que en mis valles toda audacia extraña
cayendo, una piedra, la puede aplastar;
que el aire en que alientas y el sol que me baña,
aún conservan dejos de la antigua hazaña;
y que el rey Abarca, que hizo tanta España,
ya pisó mis hierbas con su calcañar... (650)

En la invocación de la primera parte nos descubre su designio:

Canto en estos prados, bajo esta montaña.
Canto los milagros de cosas reales;
y al sonar de esquila de los manantiales,
busco al Dios que habita por estos hayales...
Canto tierras tuyas, madre mía, España. (651)

En «Alba en el prado» (651-652) desde su ventana nos pinta el sosiego matinal, la verdura del prado, el son de la lluvia menuda, el pertinaz remanso de nieblas que, acogido en el haz del cerro, toda la paz del prado agrandaba.

Vi, en el henar, dos vacas dormidas
quietas estar, en tanto reposo,
que al penetrar en mi alma su imagen,
oí callar la esquila pendiente⁶.

En «Mañana de agosto» sorprendemos al poeta mientras camina con la rociada, sintiendo todo el esponjoso frescor del hayedo. La vereda tuerce el paso bajo los pies del caminante:

como un lazarillo me lleva a una puerta;
tras la puerta, un prado que parece un mar...
El prado es tan ancho que le hacen vallada
tres leguas de hayedo cumplidas de andar,
y en holgura tanta goza la mirada,
sin cansarse, el verde tierno del henar... (652-653)

El paisaje se enriquece con nuevos motivos:

Dispersa en el prado paca una yeguada;
lo cruzan en busca del bosque corderos;

⁶ No podemos detenernos a subrayar los alardes métricos. Se habrá observado que en este poema hace rimar a los primeros hemistiquios en consonante agudo.

y se ve, en los fondos, toda acurrucada,
bajo el techal negro de rotos aleros,
la silueta de una casuca arruinada,
donde a prima noche, desde la majada,
por zafarse al frío de la madrugada,
bajan las ovejas con sus ovejeros.

Al primer atisbo del sol matutino
azulean nieblas en el aire fino;
el aire deshace sus masas tranquilas;
toda luz acoge, todo son le llena,
y se hace especioso; se tiñe y resuena
de vapor de nieblas y rumor de esquilas. (653-654)

El poeta no se cansa de mentar las esquilas, como si el recuerdo le reavivara el placer de su tintineo y del ambiente del descampado.

Si hubiéramos de hacer una selección de los poemas más granados, no podríamos menospreciar aquellas liras que forman el canto «De una moza de aldea» (654-655):

Tú, que eres tan graciosa
y audaz en tu talante montañero,
no escapes ruborosa;
antes ven al sendero,
que te vea, al pasar, todo viajero.

En su rostro de gracia se recoge todo el sentido de la aldea.

Que estas claras ventanas
en vano, tras de ti, se multiplican,
y en vano estas campanas
de tu iglesia repican
si en tu hermosura no se significan...

Sueña el poeta peregrino con llegar a la posada y recibir de manos de la moza un vaso de buen vino.

De tu nombre sabría,
de tu casa y rebaños en el prado;
mezquino hablar sería;
pero todo avivado
en el perfume del henil colmado.

Fuera mía, un momento,
la paz de estos contornos exquisita,

y el quieto arrobamiento
de tu aldea bendita
lo sentiría en ti cómo palpita.

... Cuando tu aldea incierta
ya no recuerde mi alma peregrina,
¡aún te veré, en tu puerta
de madera de encina,
como imagen devota en hornacina!

En «El sendero» (655-657) el poeta no camina solo: lleva de la mano a su hijo y para su hijo inventa la historia del sendero y del rústico puente:

Tú, que andas este sendero
conmigo, hijo mío,
tan suave y tan hacedero
en el soto umbrío,
con el humilde madero
de puente en el río
que va al molino harinero
desde el caserío,
¿no piensas en el primero
que lo abrió, hijo mío?...

Con un mozo nos encontramos en el poema «De un boyero» (658-660). Cada madrugada bosque adentro va con su aguijada, su «ay-dá» y sus dos bueyes enormes uncidos al carro.

Tengo envidia al mozo que les es boyero;
cada madrugada le llamo al pasar:
—¿Adónde a estas horas por este sendero?
—A donde ayer, dueño; no me cabe errar;
y a donde hoy, mañana; y así el año entero.
¡Mi cuento es el cuento de nunca acabar!...

Con todo, sus palabras no encierran amargura ni fatalismo. Se va alejando el mozo. El poeta le pierde de vista, pero le oye **cantar**.

Sobre la negrura del bosque, el lucero
que precede al alba, se ve clarear,
y en lo alto, las últimas hayas del otero,
con las ramas, casi lo pueden tocar.

Suena lejos el canto y se ha apagado el lucero: la luz que él tenía, la toma el cantar. Por la selva oscura *avanza* el boyero como un dios.

Páranse a mirarle las blancas deidades
que vagan de noche por las soledades
y tejen las nieblas del amanecer;
el cantar del mozo no hace cura de ellas,
y ellas van sembrando de flores sus huellas
con una exquisita gracia de mujer.

Su canción humana las conmueve tanto
que algunas se ensayan a copiar el canto
pulsando las liras de los manantiales;
y otras tan de cerca le rozan la frente,
que el mozo levanta la mano, indolente,
y todas escapan entre los hayales;
si una más curiosa queda rezagada,
el mozo, pasando, prende en la agujjada
las gasas de niebla que son sus cendales.

... Rústico agorero, tranquilo boyero
del trabajo humilde, del vivir sincero,
¡Dios gué tus pasos por este sendero;
nunca llamen duelos a tu corazón! (659-660)

En «Juventud de la Tierra» (660-663) no canta a los jóvenes de aquellos montes y valles, sino a la tierra joven que está contemplando.

Yo sé, al mirar, que ha pasado la Historia,
toda en furor por los sitios que miro;
pero estas hayas no guardan memoria
del viejo horror en su fresco retiro.

Parece que el poeta, con haber llegado a Roncesvalles a los treinta y tres años, siente preocupación por la vejez: vacila su corazón «en su vida ya larga»; quiere hundirse en la juventud de la Tierra.

Quiero ser agua por estas cañadas,
y secular peñasco en la sierra.
¡Yo quiero entrar con el alma, a forzadas,
a hundirme en ti, juventud de la Tierra!

... Tierra, en perenne deliquio, acompaña
al que confuso, buscándote viene;
ríos, hayedos, vertientes, montaña,
¡penetre en mí la ley que os mantiene!

En «De una ternerilla» (663-666), con el poeta y con su mujer, asistimos a la emocionada historia que un boyero cuenta de la ternerilla esbelta, de su madre y de su abuela. Las palabras del boyero son una lluvia de elogios de su ganado. Recuerda con gozo el día en que compró a la abuela de la ternerilla.

Hija es de aquella falda,
metida en robledal hasta los prados;
y la compré en Garralda,
que manda a los mercados
lo mejor del Ayezcuca en sus ganados.

Al caballo lo admiramos en obras maestras de pintores y escultores. En la historia de la literatura hay páginas famosas dedicadas a él. Entre las muestras de una antología equina hallaríamos a Job con su descripción del caballo de guerra, a Virgilio con sus instrucciones para la cría y sus hexámetros de la carrera, a Céspedes con sus reglas para pintarlo, a Santos Chocano con su elogio de los caballos de los conquistadores, y a otros muchos. Eduardo Marquina nos contagiaría su emoción y el placer estético que le invadió ante los bellos ejemplares distintos contemplados en las cercanías de Roncesvalles. Nos legó un cuadro imperecedero con su «Yeguada en el bosque» (666-670). Comienza así:

Nieta de otras que a Roma llevaron las legiones
y que en su estampa fueron ejemplar soberano
para un caballo en bronce de emperador romano,
cuando Galba a Germania batió con sus vascones,
esta yegua solemne, de pelaje sombrío,
unge de calma antigua sus pisadas morosas,
y parece que agite, cuando bebe, en el río,
yo no sé qué Leteo de linfas misteriosas.

Y esta roja tresalba que, toda fuego, ostenta,
sobre tres de sus cascos, tres dedadas de nieve,
cuyas crines evocan un soplo de tormenta,
y a relinchar tres veces se para cuando bebe,
menos recia de grupa, más batida de ijares,
tiene un bélico lampo de sangre cuando mira;
porque, en línea directa, perpetúa la ira
de aquellas que batieron a Roldan y sus Pares.

Las dos gozan prestigio de mando en la yeguada;
la tresalba, en las marchas; la negra, en los reposos;
y no hay línea, en las otras, atrevida o forzada,
que ellas dos no la encierren en sus cuerpos colosos.

La negra va a seguras hasta el sitio en los prados,
donde la hierba es grasa y hay sombra bienhechora;
la roja, inquieta y ágil, en el aire avizora
el olor penetrante de los henos segados...

La roja parece que está pidiendo una férrea armadura. Tiene el trepidar
de miembros que precede al ataque.

Pero la negra, en un desdén de semidiosa,
su gran cola nocturna batiéndole la grupa,
es como el monumento de una raza gloriosa,
cuando, a sombras de un haya, la yeguada se agrupa.

Porque en las horas quietas del arduo mediodía,
mientras en luz incrusta su ritmo la cigarra,
van las yeguas al bosque, que ya las protegía
cuando los Sanchos eran señores de Navarra.

El poema «De una ternerilla», antes mencionado, terminaba así:

Fue a la madre arrimando
la cría; hasta las ubres dióle auxilio;
y el hombre siguió hablando,
en su gran paz de idilio,
grave como un boyero de Virgilio.

Ahora, ante el grupo de yeguas, gracias a la de las crines de endrino,
vuelve a descubrir un aire de abolengo latino.

Bajo el hayal oteo la clara lejanía
de unos campos que suenan a estrofa virgiliana,
y, en el triunfo de oro de la paz octaviana,
rezuma de abundancias la tierra labradía.

Sueña en un desfile de yuntas de colonos romanos, por la estampa de
la negra. En cambio

Cuando a los pies de un haya se agrupa la yeguada,
esta yegua rojiza de la crin volandera,
si solamente en ella detengo la mirada,
reconstruye, en el grupo, la Vasconia guerrera.

Se adueñan sombras épicas de las yeguas, montura
de jefes, que rodean la tienda de su rey,
y empuñan lanzas rígidas hombres, con armadura
de cuero, a la defensa de su pueblo y su ley...

El pelotón de yeguas tiende ansioso los cuellos
a los montes cercanos, de erizados peñascos;
temiendo y deseando que les llegue, desde ellos,
el «irrin-ci» de guerra de los pastores vascos.

La cañada adelante, por entrambas laderas,
ocultas en la jara, trepan a las alturas;
el invasor las toma por vírgenes guerreras
viendo, a su arribo, tantas crinadas cabelleras
flamear, por las crestas de las escarpaduras...

Siente el vascón ceñudo que el autóctono grito
de sus relinchos bélicos le ampara en el combate;
y, afincándose en ellas, los peñascos abate
que, al resbalar, incendian sus puntas de granito.

A las reminiscencias del «Canto de Altabiscar» ha agregado el poeta elementos propios que prestan nuevo color a la antigua gesta de los vencedores de Roldán. Añade unas cuantas pinceladas sangrientas al cuadro y de las alturas del recuerdo desciende a la contemplación actual:

Bajo el techal de un haya se agrupa, como ahora,
que me insinúa en toda su Vasconia guerrera,
triunfando, por la estirpe, de la edad destructora
esta yegua rojiza de la crin volandera.

Con la negra se ha remontado el poeta a los días de Roma; con la roja, a la rota de Carlomagno. Concluye el poema unciendo a las dos para unas faenas agrícolas que se truecan en fiesta jubilosa para todo el pueblo:

En un día de Pascua Florida, al primer giro
del sol, por estos cielos recién asegurados,
yo os quisiera, a las dos, reunir en el tiro
del carro en que a montones van los henos segados.

Llenarían el aire los henos primerizos,
en el olor agudo de aquel su primer corte;
y abandonando sus tugurios y chamizos,
labradores, pastores, cabreros, boyerizos,
a vuestro carro harían una triunfal cohorte.

Sobre vuestras cabezas de estirpe irían llenos,
el frontal de sonajas; la jáquima de flores;
y os pondría, en el carro, reclinada en los henos,
la moza más garrida de estos alrededores.

Y sería una fiesta religiosa. Os saldrían
al paso, las viejucas, desde sus portaladas;
y vuestros cascabeles bruñidos soñarían
a rebato de raza, por estas hondonadas.

Sería justo. Entrambas merecéis la corona
que consagre, en vosotras, los signos del linaje;
porque sois, en el carro, bajo el común rendaje,
la cachaza latina, la fiereza vasca.

Porque más que en la Historia, que es un eco moroso,
trascendiendo a sepulcro, cuando los hechos narra,
vi estar vivo, en vosotras, vuestro pueblo glorioso:
la sangre en llamaradas y la sangre en reposo
que son toda Navarra.

En «Renovación» (671-674), nos refiere sus andanzas por los caminos, sus encuentros con la gente del pueblo y con sus poblados.

Pequeñas marchas hice: yo las haré mayores:
conoceré de vista todos estos pastores;
me habrán hablado todos, cuando salga de aquí;
el camino que lleva del alto de Ibañeta
al redondel de piedras del romo Orzanzurieta,
por las pasadas que hice, se acordará de mí.

Más arriba, al comentar «Juventud de la Tierra», he apuntado que Eduardo Marquina, al comienzo de la cuarta década de su vida, debió de sentir cierto hastío del que quiso curarse en Roncesvalles. «Renovación» nos certifica ahora que no iba descaminada la sospecha: el poeta busca alivio en el contacto con la naturaleza, en el trato con cabreros y carboneros de carne y hueso, no censados en la Arcadia idílica; aprende a dar con el jarro de leche en las chabolas solitarias y a dialogar amigablemente con su dueño cuatro días más tarde en el ferial. En la cuarta estrofa nos da razón del título del poema:

Renovará, en los usos, mi vida sus caudales;
tantos rústicos modos me serán naturales,
me olvidaré el cansancio que traía de mí;
tantas palabras muertas encontraré aquí, vivas,
y haré acopio tan grande de formas expresivas,
que no he de ser el mismo cuando salga de aquí.

La historia del sendero inventaba el poeta para su hijo⁷; cuando el encuentro con la ternerilla, volvía con la amada, con su mujer, al blando atardecer, por el sendero. Aquí caminan los tres juntos.

¡A pasto, a pasto, bocas de mis ansias mejores!...
Enfilaré los puertos, pisaré los alcores,
la dueña al lado; el hijo, delante, en un pollino:
no han de ser, en dos meses, otros nuestros trabajos
que andar, de pueblo en pueblo, por todos los atajos
y entrar en las posadas las noches de camino.

Del Guirizu taimado que, al que está en la llanura,
le esconde, en un repliegue, la mitad de su altura,
todo el valle veremos, una tarde serena:
Francia al norte, cercana; tierra vasca a occidente;
al mediodía el pico de Monreal, y, enfrente,
de los montes de Jaca la picuda cadena.

Y así, luego, trillando la senda que escogimos,
nos sentiremos parte del paisaje, que vimos
en el Guirizu abrupto bajo sus corvas hayas;
diferenciarse, lo antes uniforme, veremos,
y, según que nos abran sus puertas, sentiremos
de los distintos pueblos las diferentes layas.

Val de Arce dilatado y Val de Ayezcuca arisco;
el uno intenta industrias y el otro tiene aprisco;
aquél urde caminos y éste pisa montañas;
los lugares que entrambos llevan en su regazo,
ya muestran, en lo vario de la aptitud y el trazo,
la diferente sangre que corre en sus entrañas.

Burguete, que ha crecido de estar junto al camino;
Arrieta, en que, al recuerdo de un vaso de buen vino,
aún veo sonreírme la moza del mesón;
Espinal, con blasones en los anchos portales,
y Aoiz en auge, centro de fuerzas industriales,
que palpita en el llano como un gran corazón.

De esta parte, la vida se adapta y se renueva;
la ruta cambia en oro las fuerzas que se lleva;
los polluelos son éstos y la clueca es Pamplona;

⁷ Al pie de una foto de la anteportada del tomo quinto, se lee: "Con mi hijo Luis, en el patio de un hotel de Caracas (Venezuela), 1917". ¿Será el hijo que le acompañó por Roncesvalles con paso desigual y fatigado?

una Pamplona rica de actividad materna,
atenta a su prosapia, que trabaja y gobierna
con abarcas, debajo de la férrea corona.

Y al otro lado ocultos, metidos en la falda
del monte, entre peñascos, los lugares: Garralda,
nombrada en sus rebaños, y en sus potros famosa;
tiene en alto la iglesia, y, en ella, un soportal
que encierra el marco esbelto de la puerta ojival,
en la mancha rojiza de su masa terrosa.

Hija del río, al lado del camino en declive,
en lo angosto y profundo del valle, surge Aribe
con su gran puente en ruinas tapizado de hiedra;
en una paz de idilio de huertos y trigales,
¡aún la veo, escalando sus peñas laterales,
entre bojés y robles, por caminos de piedra!

¡Recodos los del monte, silencio en los recodos!
¡Qué apartado me encuentro de los humanos todos
oyendo, por las hoces, mis pasos resonar!
Pero ¡qué valor toman las humanas pisadas
que, en roca viva, a fuerza de andadas y de andadas,
trillan estos senderos, de lugar a lugar!

Rosa entre cardos eres, para tus peregrinos,
Villanueva de Ayezcuá, huérfana de caminos;
Villanueva de Ayezcuá, la más vieja de todas;
en tu esquivo retiro, rica de aristocracia,
no olvidaré tus fuentes ni la armoniosa gracia
con que, en el hondo valle, te esparces y acomodas.

Cortado a pico, el monte, que es, todo él, una peña,
su masa oscura aviva tu gracia lugareña;
Villanueva de Ayezcuá, de casas señoriales,
¡bien hallada, la moza de los pasos ardidos,
y, en sus manos, la herrada, con los aros bruñidos,
que coloca en la fuente de caños manantiales!

Que te protege, dinos, y no que te sepulta,
esta loma que a todas las miradas te oculta,
y que, en tanto silencio, te obliga a tanta paz;
tus mozas, con sus trenzas pasándoles del talle,
tienen cruzando, al vernos, con rapidez la calle,
un pánico gracioso de ardilla montaraz.

Villanueva de Ayezcuá, de casas señoriales,
me voy con la nostalgia de hacer, en tus portales,

la charla, anocheciendo, con tus clásicas viejas;
las he visto, a hurtadillas, mirar por las ventanas,
enérgicas, huesudas, cubriéndoles las canas
la toca negra, atada detrás de las orejas...

De esta parte, la vida, como toca al origen,
no altera, todavía, las leyes que la rigen,
y es secular y joven, como la roca viva;
Val-de-Ayezcuca, entre montes me hiciste rastrear,
por estas angosturas, de lugar en lugar,
bajo mi España, aún fuerte, la veta primitiva.

Saldré de estos peñales con un canto de guerra;
sobre todas las tierras, ensalzaré mi tierra;
seré agresivo contra todo exótico intento;
queda aquí el reservorio de la raza nativa;
¡y hay piedra, en estos montes de soledad esquiva,
donde tallar los arcos para un Renacimiento!

Consta de seis sonetos el poema «Mi posada» (674-677). Estando en ella se imagina el poeta que vive en una posada del siglo XVII, el de nuestros Felipes, el de Velázquez, y revive escenas teatrales de aquellos días.

Cuando las nieblas hacen el horizonte oscuro
o la nortada azota los árboles distantes,
esta vieja posada, para sus estadantes,
tiene un pasillo donde recogerse a seguro.

Sigue imaginando que en las noches de internada hacen corro en la cocina el cabrero, el boyero, el juez y el mayoral.

Recoge, en sí, la vida de toda la posada
este hogar de montaña, con el fuego central,
y, alrededor, los bancos, de lustroso nogal,
colocados debajo de la campana holgada.

... Me gustaría ser, como mi posadero,
para los que caminan, refugio en el camino;
ser el dueño, en mis calmas, del vaso de buen vino
que al leñador alienta y engaña al pordiosero;
contar, en mis manteles, con el plato sobrero
para el ignoto huésped que depara el destino;
estar medio yo en casa, medio yo peregrino,
persiguiendo el azar, de sendero en sendero...

La estancia de Eduardo Marquina con los suyos por las tierras cantadas debió de prolongarse hasta septiembre avanzado u octubre. Lo pinta en el quinto soneto (676):

Ya por los anchos bosques, otoño amarillea...
 La carreta de bueyes con su carga de helechos,
 cuya balumba afirman dos mástiles derechos,
 por los caminos, rojos de fango, traquetea.

El forraje de invierno y el heno están adornando las puertas de la aldea o colmando el henil. Hacen acopio de cebo para la lumbre; niños y viejas andan con su carga de tea. Junto a cada casa, en un rincón, la leña del invierno. Es octubre: esta noche va a nevar a la sorda. Ha llegado la hora de la separación y el poeta se despide emocionado (677):

Parto... Me echan los fríos, me redama el combate;
 de mi buena posada salimos yo y los míos;
 parto... Para la lucha, que ha de templar mis bríos,
 mi mujer me da el yelmo y mi hijo el acicate.

Partimos... La tristeza que en nuestro pecho late,
 tal vez se os hace extraña, corazones bravíos;
 no sabéis por qué, vueltos a vuestros caseríos,
 el humo azul seguimos, en el espacio mate.

Era bueno, en la calma cordial de la posada,
 hacer siega de estrellas; descontar nuestra añada;
 soñar combates épicos y presentir sus modos;
 vivir, solos, lo nuestro... Desde mañana entramos
 donde, el haz de esperanzas que de aquí nos llevamos,
 —nuestra leña— echaremos en el hogar de todos.

Así acaba la primera parte de *Tierras de España*. Aunque no hemos llegado al fin de la obra, convendremos en que son merecidos los elogios que al principio le dedicaban. Un bello rincón de Navarra va quedando enaltecido, inmortalizado por los cantos del poeta. A este propósito recuerdo que, al comienzo del diálogo ciceroniano *Sobre las Leyes*, se vaticina que aquel árbol encontrado en el camino pervivirá por años incontables gracias a un poema que lo ha ensalzado; podrá sucumbir al peso de los años la encina que contemplan los ojos; el tiempo respetará la vida del árbol del poema. Predicción parecida podríamos hacer sobre esos hombres y pueblos, sobre esa fauna y flora que Marquina cantó por tierras de Roncesvalles.

Dijimos que la segunda parte del libro se subdivide en tres secciones y que la primera va dedicada al ciclo carolingio. El poeta que ha gozado en la contemplación de la vida actual en aquellos parajes, se dispone a penetrar en la noche de los tiempos. Y no es frase hecha: el prólogo de esta sección (VI, 678) nos anuncia que alta noche marcan las estrellas. La luna soslaya el paisaje de árboles y casas. Se alargan, se animan, se agrandan las sombras en remotas gestas de otros tiempos. El poeta, como un bardo antiguo, sigue inspirándose en Navarra.

La Naturaleza no está sola;
y estas viejas piedras, en las casas,
y estos siglos de hojas, en los bosques,
como mausoleos, guardan almas.

Más que por la línea de sus montes,
más que por el dejo de sus hablas,
por la voz de muertos —que trasciende de ellas—
estas soledades son Navarra.

La sección lleva el título de «La Fuente de Roldán. Canción de gesta». Al final veremos el porqué del título. En la invocación riman entre sí, por un lado, todos los primeros hemistiquios y, por otro, los segundos, como si, con la alternancia -on/-an, hubiese pretendido el poeta imitar la voz funeral de la campana.

Cuando los hombres son de tu temple, Roldán,
mueven a adoración dondequiera que van;
viven de corazón; no tienen otro afán;
todas las tierras son patria suya, Roldán.

... Si hago la evocación de tu sombra inmortal,
como es de corazón, no lo lleves a mal;
toma en reparación mi pobre cantoral
de esta misma región, que te ha sido fatal... (678-679)

El libro primero de la canción de gesta nos sitúa en las alturas de Roncesvalles:

Los pastores descubren, a horas de aurora,
desde el Oranzurieta de espalda corva,
la serpiente de acero que se desdobra,
por hayedos y valles, sobre Pamplona.

Columbramos a Carlomagno, a Roldán, al arzobispo Turpín, a los doce Pares. Vuelven victoriosos de Zaragoza. Pero Turpín pregunta a Carlomagno

sobre el valor de la llave del reino moro que lleva en su bolsa, y sobre el valor de los pactos:

Emperador de Francia, ¿qué son, ahora
que, entre Francia y tu feudo, vela Pamplona?
Si, en fe de amiga, hoy abre paso a tus glorias,
mañana ¿quién te dice que no se oponga?
Mira que es primeriza de la Vasconia,
pero tiene, en sus muros, dientes de loba.

Deshonra sería quebrantar la fe jurada y apoderarse de la ciudad. Le sugiere que disimule y deje que sus hordas, como ignorantes, la destrocen en una escaramuza. Alega otras razones especiosas y concluye:

Di mi consejo... y quiero, si me lo otorgas,
que a mirar nos paremos el pro y la contra,
antes que sea tarde, junto a Pamplona,
de estos siglos de hayedo bajo las copas.

Se detienen Carlomagno y sus caudillos y se sientan a consejo sobre unas rocas, a la redonda. Todos siguen el consejo de Turpín. Los más fogosos son los doce Pares. Roldan se opone, piensa que Carlomagno no puede quebrantar su fe de bueno.

La fe jurada es flecha que guarda el cielo.
Los muros de Pamplona ceden a un cerco;
¡resiste eternamente Dios en lo eterno!
Rey que no guarda juros, no guarda pueblos.
Respetemos la villa, señor el bueno;
tu fe, de que le has dado, crea derecho;
tus triunfos, contra ella, son vencimientos;
si tu reino peligrá, ¡pierde tu reino! (682-683)

A la tarde salen de los hayedos. Roldan y el rey arrastran todo el ejército. Se quedan los doce Pares con sus mesnadas. Gesta odiosa la suya sobre Pamplona: dejan rotas las murallas. Luego interceden todos por ellos, hasta Roldán: debe perdonarlos el rey en atención a sus mocedades. Perdona Carlomagno, pero advierte que no queda expedito el camino de Zaragoza con haber asolado los muros de Pamplona: no hay murallas más altas que una fe rota. Y da a Roldán un encargo para los doce Pares:

Diles que aten los cueros sobre sus cotas;
¡bien la hubieron allende!... Quedan ahora

unos muros más fuertes que el de Pamplona...
Señalaba los montes de la Vasconia. (685)

Roldán ordena a Carlomagno que se le adelante en el paso de Roncesvalles. El, con los doce Pares, irá en la retaguardia. Para su defensa personal, su maza le sobra. Si peligran todos, tiene su trompa.

Hablaron. Fue aquel día cuando, a la aurora,
desde el Orzanzurieta de espalda corva,
les vieron los pastores ganar las lomas,
como sierpe de acero que se desdobra. (686)

Tras la partida de Carlomagno, la acampada en el valle se prolonga varios días. Los doce Pares se acomodan lascivamente en una tienda de aspecto oriental. A la hora de levantar el campo para emprender la marcha, en presencia de Roldán uno de los Pares se ufana de dejar diezmados los rebaños y el prado hecho erial. Roldán palidece y se dispone a enmendar la fechoría:

«Los rebaños diezmados, los campos en sequía,
¡Dios me es testigo cómo los pago en este día!»
Con su mandoble en punta, sobre un peñasco hería,
y brota al golpe el caño del agua manantía...
Moja las tierras yermas, que las reverdecía;
las praderas recobran toda su lozanía;
el corazón del héroe sobre el agua corría;
la mesnada, al prodigio, de rodillas caía;
la bondad de los buenos cura toda sequía;
tanto impulso dio al agua, que hoy mana todavía⁸.

La preocupación de Roldán había sido grande:

Roldán sabe el peligro; no lo corrió mayor.
La cañada es estrecha, puesta entre alcor y alcor... (691)

Y sus presentimientos no resultan vanos:

Va la rota cumplida. No se ha dado batalla;
caen las peñas encima del ejército franco;
y los vascones vengan la deshecha muralla,
ocultos en los muros que forman el barranco. (693)

⁸ Agapito MARTÍNEZ ALEGRÍA, *Roncesvalles*, 2.^a ed., Pamplona, 1965, en la presentación del libro, p. 9, cita "la fuente de Roldán" entre las cosas legendarias que se enseñan en Roncesvalles.

Roldán queda a los hombres en perdurable ejemplo. Sopla la trompa con tal ansia, que estallan las venas de su cuello. La oye Carlomagno y torna al lugar de los muertos.

Levanta a las cenizas de tantos infanzones
un tosco mausoleo que de sus manos cierra ⁹. (694)

La segunda acción de la segunda parte titula el poeta «Sancho el Mayor. Ensayo de crónica rimada» (VI, 694-718). Al poeta le duele la España dividida entre los moros y los desunidos reinos cristianos: «Cuando no eras, España, reino de las Españas»:

Almanzor daba al aire su triunfante pendón;
Galicia era un misterio, su cifra era León;
Asturias, un milagro; Castilla, una ambición,
y la Navarra, un hecho: no pedía sanción.

El poeta explica por qué ha escogido aquel reinado para su canto:
El destino futuro predestinaba... Y antes

que el vago ensueño regio se encarnara en la vida,
ya unas manos guerreras de gestos imperantes
se ensayaron a hincar los carbunclos radiantes
de una sola corona sobre una España unida.

¹) En la primera parte del libro a Marquina le ha bastado la convivencia con los hombres y mujeres, y la estancia en aquellas tierras para mover su inspiración y componer sus poemas. Para estos del ciclo carolingio siguió prestándole buenos servicios el teatro que conocía de vista con sus hayedos y montes. El desarrollo de la acción exigió una consulta siquiera somera de libros. Parece que en este momento no llegó a consultar al P. José MORET. *Anales del Reino de Navarra*, t. I. Tolosa, 1890. libro V, cap. I, pp. 175 y ss., donde el historiador expone la venida de Carlomagno a España y las causas de ella, el cerco de Pamplona y la rota de Roncesvalles. En cambio, es posible que procedan del mismo P. Moret, pp. 33 ss., las noticias de las cohortes vasconas que levantó Galba y sucesos de ellos en las guerras de Alemania, "cuando Galba a Germania batió con sus vascones", como nos ha dicho Marquina al pintarnos la yegua negra. Las reminiscencias del "Canto de Altabiscar", que advertimos en la pintura de la yegua roja, han vuelto a ser visibles ahora en Roncesvalles. Para ello Modesto LAFUENTE. *Historia general de España*, t. III, Madrid, 1850, p. 137 ss., ofrecía la descripción de la marcha de Carlomagno, ¡a sorpresa por los montañeses vascos, su grito de guerra, la gritería de los guerreros vascones, que "retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro". Lafuente ofrece el "Canto de Altabiscar", la célebre falsificación, en euskera y en castellano. Marquina empleó la voz "irrinzi" en el pasaje de las yeguas. Hay otros pormenores en Marquina que exigen otras procedencias. La nobleza de Roldán al oponerse al derribo de las murallas, está a tono con el carácter del héroe en su *Chanson*. La idea de la orgía de los doce Pares pudo provenir del *Pseudo-Turpin*, donde aparece la sorpresa de los veinte mil hombres de la retaguardia "por haberse entregado al vino y a las mujeres", y aparecen también el cuerno de Roldán, la roca herida por su espada *Durenda*, la muerte de Roldán y su apoteosis. Cf. Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*, t. I, Santander, CSIC, 1943, p. 205.

Manos guerreras de gestos imperantes eran las de nuestro rey Sancho el Mayor. A él va enderezado el poema.

Canto un rey que fue tuyo, Navarra, y fue de España;
a su visión profética llamaron ambición;
pasando por Castilla, dejó ver en León
su catadura tosca de rey de la Montaña.

Toda la alta Vasconia, todo el Pirene, en su ancho,
desde Tolosa, en Francia, le tuvo por señor;
fue rey tuyo, Navarra; y era aquel rey, don Sancho,
que, por grande entre grandes, se apellidó el Mayor.

Con su nombre, sus sueños el legendario Abarca
dióle desde su oscuro sepulcro de pastor;
él prefirió a su sangre su cetro de monarca;
y en tan holgados reinos engrandeció su Marca,
que su hijo, en su sepulcro, le llama emperador¹⁰.

Marquina nos ofrece trece estampas de Sancho el Mayor. La primera representa sus triunfos en ultrapuertos:

Don Sancho, rey de los montes,
de su Tolosa volvía... ".
Solo a solas en la noche helada, don Sancho
piensa en el hogar de leña
que pronto le acogería,
no lejos, junto a su Urraca,
que tan buena dueña hacía...

... Tranquilo en aquel Casal,
que mejor no lo tenía
la su ciudad de Pamplona
que llaman Navarrería... (698)

10 No sé si sería fácil averiguar las lecturas de Marquina previas a la composición del poema de Sancho el Mayor. Ignoro también si es exacto ese dato relativo al sepulcro del monarca. Pero Modesto LAFUENTE, O. C. t. IV, Madrid, 1851, p. 149, se refiere al epitafio que se puso a la reina, su mujer, a la que se le llama "esposa de Sancho el Emperador". José María LACARRA, O. C., p. 223, reproduce una moneda acuñada por Sancho el Mayor con el título de Imperator.

11 Para este episodio pudo inspirarse el poeta en una página como la del P. MORET, o. c., t. II, p. 238, donde se traduce la inscripción de su sepulcro: "Aquí está colocado don Sancho, Rey de los Montes Pirineos y de Tolosa" ... José María LACARRA, O. C., pp. 199 y ss., al tratar de la expansión pamplonesa hacia Gascuña, no admite lo de Tolosa, aunque figure en el cenotafio tardío.

La estampa segunda describe las pechas que cobraba el rey don Sancho. La tercera lo pinta como cazador. En la cuarta asistimos al llanto del rey por doña Urraca, cuya identidad desconozco; y al punto se dispone a camppear con sus vasallos vascos y con los vascos de ultrapuertos. En la estampa quinta aparece el rey don Sancho con el conde de Castilla y el rey de León, y se celebran las nupcias con doña Munia, hija del castellano¹². Tampoco sé por culpa de quién, en la estampa sexta, le hace intervenir a Sancho el Mayor en la de Calatañazor¹³.

En Medinaceli plañe
la rota suya Almanzor;
don Sancho, rey de Navarra,
llevóse todo el honor;
cuando tres reyes se juntan,
de poco sirve el valor...
¡No la olvidarán los moros
la de Kalat-al-nosor!

Los de Castilla vinieron
con sus recias armaduras;
Navarra, el rojo estandarte
se trajo de sus alturas;
seguían los leoneses
en buenas cabalgaduras;
Guipúzcoa con sus tres manos
cerraba el campo a seguras. (705)

En la estampa séptima el rey don Sancho ataja los desmanes de los señores, se compadece de los pecheros, da fueros a ciertas villas suyas, en concreto, a Nájera¹⁴. En la estampa octava presenciemos la traición de los Velas, la muerte del infante García en León, y, en la siguiente, la venganza que el rey de Navarra toma de los asesinos:

12 No sé dónde ha bebido Marquina la noticia de que, al casar con doña Munia, Sancho el Mayor era viudo. A lo que parece, de aquella desconocida Urraca de antes. No puede tratarse de Sancha de Aibar. Véase José María LACARRA. O. C, p. 182.

13 Uno de los culpables de la confusión pudo ser Modesto LAFUENTE, O. C. t. IV, pp. 78-80, al tratar de Sancho Garcés el Mayor y de Calatañazor o Kalat-al-Nosor; sin contar las tablas del t. III, p. 516. donde nombra a Sancho García II o Sancho el Mayor, y t. IV. p. 558, donde da la misma equivalencia, de la que resulta un reinado de sesenta y cinco años de duración, como el mismo Lafuente lo afirma en la página 150 y repetirá Marquina en la estampa trece:

Sesenta y cinco años cuenta
don Sancho de monarquía. (716)

14 Lo de Nájera constaba en Modesto LAFUENTE, O. C, t. IV, pp. 139 y 322.

El rey de los montes, de férrea corona,
va a caza de lobos, blandiendo su azcona,
por tus quietas hoces, sierra de León;
¡mala madriguera para los traidores;
que él sabe de atajos, de hablar con pastores,
de leer los rastros, de acotar alcores
y de armar celadas detrás de un peñón! (711)

La estampa décima nos relata que el rey Sancho va de montería, hiere a un jabalí que por robledales llega a una ermita casi derruida. Rey Sancho la azcona dispararle intenta, pero una fuerza oculta le retiene el brazo: a la fiera protege San Antolín, titular de la ermita. Don Sancho decide fundar una villa.

Y así tuvo origen, milagrosamente,
ésta, la Palencia de San Antolín...¹⁵

La estampa undécima emplea el poeta cronista en hacer una invocación a las villas. La duodécima empalma con la leyenda de la fundación de Palencia y se refiere la querella que Bermudo de León mueve a Sancho¹⁶:

Diz que a estos alardes de la fundación
Bermudo se alarma, que manda en León.
... Vacila el Navarro, que es rey castellano:
no quiere contiendas con un rey cristiano.
Se acoge a Galicia Bermudo, vencido;
moviéronle celos; mas no le han valido.
Y aquel día Sancho ve que un reino son
Navarra y Castilla, Castilla y León.

El poeta piensa en el milagro de Fernando e Isabel.

Que, aunque muchos reyes conoció este suelo,
sólo han de contarse, para el regio anhelo

¹⁵ Así lo contaba la leyenda, recogida igual por el P. MORET, O. C, t. II, p. 216, que por Modesto LAFUENTE, O. C, t. IV, pp. 145 ss. El P. Moret le llama San Antonino. Lafuente advierte que se trata de San Antolín. La leyenda no andaba del todo desca- minada al narrarnos así la fundación de Palencia. Si bien la verdad es otra, según en- seña José María LACARRA, O. C, p. 216: "De la estancia de Sancho el Mayor en tierra leonesa sólo se recuerda un acto de gobierno: la erección de la sede episcopal de Pa- lencia, para poner fin a las rencillas entre Castilla y León". Seguidamente explica cómo fue aquel hecho.

¹⁶ También aquí parece que el poeta ha leído previamente a Modesto LAFUENTE, o. c, t. IV, pp. 147 ss.: "Opúsose el monarca leonés a la reedificación de Palencia" ... Sobre Sancho el Mayor, protector de León, véase José María LACARRA, O. C, p. 212 ss.

que echó tantos oros sobre tanto duelo,
ellos dos, los nietos; rey Sancho, el abuelo.

La última estampa (716-718) nos informa de que el rey don Sancho manda construir la ruta de Santiago de Compostela para los peregrinos.

... Y aquel gigante rey Sancho,
para trazar un camino,
aún sabe tener seguro
su pulso en el pergamino:
la ruta de Compostela
manda abrir al peregrino,
por donde su reino sea
de todo reino vecino.

Las cumbres y los jarales
pisan sus gentes de espada:
abren camino los mismos
que hicieron foso en mesnada;
quita él la mano del cetro
para llevarla a la azada:
cuando en Navarra moría,
deja la ruta acabada¹⁷.

La sección del rey don Sancho se cierra con el epitafio del monarca fallecido el 18 de octubre de 1035:

«Caminante: este es el cuerpo
del rey don Sancho el Mayor;
nació en Navarra la noble,
cristiano y batallador;
unió reinos; fundó villas;
fue rey y legislador,
y abrió un camino: sus hijos
le llaman emperador.»

* * *

17. José María LACARRA, O. C, p. 225, recuerda aquella obra de Sancho el Mayor: "Cuando en el último tercio del siglo XI se intensifique la llegada de peregrinos a Santiago de todas las fronteras de la Cristiandad, los reyes de España, sus nietos, recordarán que fue su abuelo el primero que rectificó la ruta de Santiago enviándola por lugares más accesibles en vez de seguir el viejo trazado por sendas norteñas "timoré barbarorum", por temor de los bárbaros".

La tercera sección de la segunda parte de *Tierras de España* se titula «Ruinas en la montaña. Poema cíclico» (VI, 718-730). Poema que, para mí, no es tan fácil de entender como los otros. Parece que el poeta sigue encumbrado en los montes de Roncesvalles.

Mira bien. Desde aquí rasan tus miradas
de dos reinos diferentes las llanuras,
y no llega a estas alturas
el rumor del torrental en las cañadas... (719)

Se nos viene a las mientes aquella actitud de «Juventud de la Tierra». Sólo que ahora el encuentro del alma fuerte es con Dios y con los antepasados.

Piensa bien. Cuando en flaqueza a medio monte,
encontrando aquella sombra en los jarales,
te sentaste a contemplar el horizonte
y a tu sed brindó una fuente sus raudales,
al beberla en tus dos manos reunidas,
con el agua en tus entrañas penetraron
las piedades de tu Dios, a quien olvidas,
y el esfuerzo de unos hombres que le honraron.

El alma fuerte tiene que examinar qué ha hecho por su Dios y sus abuelos.

No sé si puede referirse a Ibañeta cuando canta:

Mira bien. El monumento derruido
aún publica, en actitudes de coloso,
los afanes de la lid que ha combatido
contra el tiempo y el olvido
en el aire de las cumbres silencioso.

El canto segundo alaba a los que araron las montañas:

Fueron con la simiente de sus propias hazañas
sembradores de reinos, en un gran gesto agrario,
estos reyes antiguos de manto legendario,
que en sus marchas guerreras araron las montañas.

Parece que de nuevo se nos aparece la sombra de los Sanchos.

En sus vestes de pieles, blandiendo sus azconas,
a su paso escapaban hombres y salvajinas,

y al salir de los bosques sacaban las coronas
empenachadas de hojas y arañadas de espinas. (721)

Junto al recuerdo de tiempos pasados está latente la preocupación por la división de España: ¡y a España no alcanza el manto para todo! (722). Cada ciudad sigue su rumbo:

porque, si os juntan caminos,
no os conjunta un pensamiento
todavía...

Toda estás dispersa, España;
son rebaños desunidos
tus afanes;
y así no tienes, España,
otra voz que los aullidos
de tus canes.

Insiste una y otra vez en ese mismo tema.

* * *

Ya advertimos que la tercera parte de *Tierras de España*, bajo el lema «durar», va consagrada a «Santa María de Roncesvalles. Leyenda» (VI, 730-765). La invocación comienza así:

Tanto aire de montaña respirado,
tanto rumor de hayedo,
tanto riente prado,
medido al golpe de un andar tan quedo,
y todo, al fin, se desvanecería
sin recogerlo en ti, Señora mía¹⁸.

18 Veámos al principio que a Cejador le agradaba esta parte del libro. Agradable es también para el lector moderno. Y hay más todavía. El poeta la considera como un hito importante en su propia vida. En el prólogo del autor, fechado en Madrid el 28 de abril de 1944, t. I, p. XV, escribe Eduardo Marquina: "España en cuerpo y alma: amor de Dios en su divina madre: he aquí el sentido de estos tres gritos. Los tres confluyen en una recta de salvación". Esos tres gritos son: la dedicatoria escrita en 1908 en la primera página de *Las hijas del Cid*; los versos dirigidos al hijo casi contemporáneamente, en una de sus obras líricas, *Canciones del momento*. "Y algo después (1912), en las últimas páginas de otro poema, *Tierras de España*, de rodillas ante la Virgen, en la Colegiata de Roncesvalles, y en tierras navarras, ungidas de hispanidad, rezaba a Nuestra Señora, diciéndole:

Mírame llegado al hito
de la senda por mi pie;
ve que dudo y necesito,
Madre mía, tener fe;

Virgen del buen mirar condescendiente,
que un guardián de corderos
trajo, a darles virtud a estos oteros,
la tarde aquella en que le habló una fuente;
Señora de pastores y guerreros,
Santa María,
cerráranse tus ojos vivideros
y se trocara, hasta en sus picos fieros,
toda la forma de esta serranía.

Ante la Virgen, «abeja de la miel de estas quietudes», nos va descubriendo el poeta los sentimientos que le han embargado.

Santa María,
heme a tus pies, sentado en tus escaños;
que, sin centrarla en ti, se desharía
la leve esfera de mi poesía.

que es dulce en este infecundo
frío de los corazones
pensar en las protecciones
que están más allá del mundo;

que nos ayuda a vivir,
cuando más agrio luchamos,
pensar que no abandonamos
a los nuestros al morir;

y que en estas soledades,
donde el horror se atropella
siempre ha surgido la estrella
que calma las tempestades"... (VI, 763)

Acaba de decir, p. XIV: "Entre el 'comed del árbol' y 'tomad mi cruz' se prolonga la trabajosa trayectoria del primer cuarto de mi obra, desde *El Pastor* y *Odas*, hasta la gran hora de la meditación ante la selva oscura". La selva oscura dantesca debió de ser la que el poeta traía en su alma, a los treinta y tres años, antes de penetrar en los hayedos de Roncesvalles y antes de postrarse ante la Virgen, preocupado por sí mismo y preocupado por su grey, esto es, por su mujer y por su hijo, a los que ha recordado varias veces en su obra y ahora encomienda a la Virgen en las tres cuartetos que preceden a las redondillas citadas por él (VI,762):

Pues hoy, que, en esta arboleda
con mi grey, dime a temblar
por la orfandad en que queda,
cuando yo venga a faltar,

no te hagas sorda a mi llanto
y déjame en mi aflicción,
pensar que tienen tu manto
después de mi corazón.

Caigan sobre mis amores
tus dulces manos divinas,
como caen estos candores
de la **luna en las colinas**.

... Señora mía,
¿qué hay en ti, que ha encontrado en tu belleza
dulzuras de panal el alma mía?

... Santa María,
¿por qué, de donde estoy, pongo el oído
sobre tu seno en flor y oigo el latido
de un corazón de madre, Madre mía?

... Curioso apenas al tomar la senda
que trae a tus altares,
¿qué impenetrables paños de qué venda
soltáronse de pronto en tus hogares?
Caté la paz de este sereno asilo,
donde hicieron los siglos tu vivienda;
y en mis entrañas reanudóse el hilo
de la muerta leyenda.
Santa María,
¿en qué remoto huerto encontraría
flores para mi ofrenda?

El poeta denomina leyenda esta tercera parte y nos acaba de confesar que, ante la Virgen, en sus entrañas se reanudó el hilo de la leyenda. Marquina entre la historia personal, entre los desahogos espirituales del principio y del fin de esta parte, entrevera una leyenda que difiere de las versiones corrientes¹⁹.

19 Sin ánimo de apurar el tema, ni de desflorarle siquiera, anotaré algunos datos sobre la leyenda. José Esteban URANGA GALDIANO y Francisco INIGUEZ ALMECH, *Arte medieval navarro*, vol. IV. Pamplona, ed. Aranzadi, 1973, p. 105, mencionan las prodigiosas apariciones anunciadas por las correrías nocturnas de un ciervo, que paraban en el mismo lugar, brillantes las astas de luz, mientras los ángeles dejaban oír desde lo alto en suave cántico Salve Regina. José Augusto SANCHEZ PÉREZ, *El culto mariano en España*, Madrid, CSIC, 1943, p. 370, a lo del ciervo, observado por muchos pastores, añade que al mismo tiempo oían salir de una fuente una música armoniosa y unas voces angélicas que cantaban la Salve Regina. En una edificación subterránea descubren la imagen de la Madre de Dios. José PALLES, *Año de María* t. IV, Barcelona, 1876, pp. 409 ss., alega la autoridad del insigne Martín de Azpilicueta (sic), para decir que, después del de Santiago, el primer altar donde se tributó culto a la Madre de Dios, fue el de Roncesvalles. Reaparece el ciervo con las puntas de sus astas resplandecientes. "Al mismo tiempo, junto a una fuente que nacía entre las peñas, oíanse los acordes acentos de una música armoniosa que acompañaba dulcemente el canto Salve Regina". Junto a la fuente llamada de los ángeles, el arco que daba acceso a la concavidad subterránea donde apareció la imagen actual. Juan J. BOURASSÉ, *Summa aurea de laudibus Beatissimae Virginis Mariae*, t. XII, París, Migne, 1862, inserta el antiguo "Atlas Mariano", del jesuita Guillermo GUMPPENBERG, quien en las cols. 169-170 ofrece noticias sobre la imagen de la Virgen de Roncesvalles, noticias remitidas al jesuita por el P. José Moret, desde Pamplona. Alega igualmente la autoridad del Doctor Navarro, canónigo regular de San Agustín en aquel templo: el Doctor Navarro también atribuye a la revelación del canto de los ángeles el hallazgo de la imagen. Agapito MARTINEZ ALEGRIA, O. C, p. 108, se limita a decir que hay una fuente que todos llaman la fuente de la Virgen y también la fuente de los ángeles.

En la invocación Marquina ha supuesto que la Virgen del buen mirar condescendiente llegó a los oteros de Roncesvalles traída por un pastor, un guardián de corderos, la tarde aquella en que le habló una fuente (731).

En la página siguiente comienza la sección dedicada al pastor que no se limitó a trasladar la imagen: había sido él personalmente el artífice de la talla:

Quisiera aquel candor y aquel fervor,
tan callado y tan vivo,
del pastor primitivo
que, guardando rebaño en un alcor,
talló en un tronco del vergel nativo
tu rostro, en puridad tan expresivo,
con su cuchillo en punta de pastor.

El pastor pobre y lleno de inocencia tiene un encuentro casual con su modelo, en una cacería: contempla el paso de la dama del castillo, blanco rostro, blanco el cuello, blanca la frente; paloma era su mano, y sus dos ojos, como el cielo, azules. La Dama Blanca le deja una imagen imborrable. Como enajenado, ve transcurrir varios días. Y comienza a sacar de un tronco, a punta de cuchillo, la figura de la Blanca Dama del castillo, que vio un día pasar en su montura. La imagina sentada. Empieza tallando apasionadamente «la divina paloma de su mano»²⁰. Se entrega a su labor con tanto arrobo que ni se preocupa del resuello del lobo a su puerta. Trabaja tres meses modelando el busto. Vive fuera de sí, viendo visiones. Aparece en la talla el rostro esclarecido de la blanca mujer. Olvida hasta el cuidado de su rebaño. Pasa por delirios y angustias. Lloro arrepentido.

Vuelve a estar en silencio la cañada,
se alza el pastor, empuña la cayada,

20 Las reiteradas alusiones a la paloma no significan que el poeta está pensando en Ujué. Lo que ocurre es que en Marquina casi es un tópico esa imagen o metáfora en la descripción de la Virgen. Y así, cuando en sus "Loas de Santa María" (VI, 1183) canta a la Macarena, le oímos decir:

Como estrellas en las lomas
son sus ojos, al mirar;
y sus manos, dos palomas
que se le van del altar.

Posteriormente, en 1945, en el monasterio extremeño de Guadalupe, al hacer la presentación de la imagen de la Virgen ante el cuerpo diplomático hispanoamericano, nos dice:

Tiene unos ojos serenos
y tiene unas manos parcas...
... y a un vuelo en busca de mundos
la mano se le desplaza. (VIII, 643-644)

y en el albor de la mañana quieta,
toma, por una senda, hacia la ermita
donde es fama que habita,
solo con Dios, el Santo de Ibañeta. (748)

Tratábase de un hombre justo, apartado del mundo, austero. Cuidaba en un prado panales de miel. Oraba, daba buenos consejos en las disensiones y los iba escribiendo en un libro.

Y así largos años,
en sus peñascales,
remedió los daños
de sus naturales.

Su vida era un haz
de auroras iguales;
daba a los mortales
miel de sus panales;
de sus manos, paz.

Ante él llega el pastor decidido a serenar con la confesión las turbaciones de su alma. Confiesa su visión de caza, y, como un pecado, la imagen que esculpe; y puesta en ella «la paloma gentil de aquella mano». Las santas palabras del ermitaño calman la angustia del pastor. Le anima a proseguir su tarea, a acabar la imagen santa. Le asegura que, entre diez lámparas de plata, han de verla en un altar. No era del mundo aquella dama.

Santa María, en su montura,
llena de toda claridad,
entre unos ángeles, has visto,
bajo los árboles pasar.
La blanca yegua que regía,
la creación limpia de mal;
la blanca mano, hundida en luz,
el lirio de su castidad;
las trompetas de oro, en montería,
la hora precisa al bien obrar;
los jabalíes, la manada
roma y cerril de Satanás... (VI, 755)

... Santa María espera el trono
donde la sientes a reinar.

... Pero esa mano, que decías
que era paloma, en la piedad

de la mañana, sujetando
la creación, por el rendal,
bésala casto, cuando llegues,
y no la vuelvas a tallar;
que ésa ya ha dado flor en ti,
y así está bien y así es verdad. (756)

El pastor se aleja transformado y vuelve a su talla.

Y por aquella mano guiadora,
como ella evoca toda la figura,
va acercándose el ruin, hora tras hora,
a la expresión cabal de su escultura...

Así, Santa María,
por el cuchillo de un pastor, tomando
forma de un tronco de esta serranía,
tu imagen vino al mundo eternizando
un monte en flor, un corazón amando...

A continuación suena el soliloquio con que el poeta sigue loando a la Dama Blanca y descubriendo bellezas en la imagen, contemplándola desde los escaños.

... y en tu busto, un erguirse de collado
limpio y audaz, al sol de la mañana;
y en tu regazo, la quietud de un prado,
que se afina en un ruido de campana;
y en el moverse y el caer plegado
de este manto de reina, en tu figura,
que le da majestad y la acompaña,
la suavidad, los tránsitos y holgura
de los pliegues de tierra en la montaña... (759-760)

La plateada lámpara destila
su lumbre en el collado de tu frente,
y oigo conjuntamente
balido de corderos, son de esquila
y chapoteo de aguas en torrente...
Me interno en la callada
paz de selva que tiene tu mirada...

... Que en estas altas cumbres,
tallas devotas de bordado manto,
vuestra montaña os transmitió su encanto
de viva humanidad sin muchedumbres...

Termina el poeta con epílogo y oración. Y en estas últimas estrofas deja traslucir con nueva viveza la angustia que ensombrecía su vida a su llegada a Roncesvalles.

... no olvides, Señora mía,
la ansiedad de esta mirada.

Escuchamos ya la confesión del poeta en 1944 y comprobamos la importancia que tuvo en su vida la estancia en Roncesvalles treinta y dos años antes.

Luz de luna en los alcores
de estos agrios peñascales;
Señora de los pastores
que salvas los recentales...

... De lo vivido hasta aquí
sólo me queda este amor,
y por guardarlo mejor
lo quiero guardar en ti.

Páginas atrás asistíamos a una despedida del poeta y los suyos. Allí se alejaban de la posada, de los corazones bravios y de los caseríos. Aquí se despide de la Virgen.

A un paso de mi majada,
donde está aquel prado tierno,
saldremos esta alborada
a ver la hierba agitada
del oreo de lo eterno...

Y estos dos —hijo y mujer—
que irán conmigo a mis lados,
se alborozarán al ver
un nuevo río correr
de los divinos collados...

Y de hoy más, en las entrañas
no temblaremos inciertos,
si de hoy más nos acompañas
por los caminos desiertos,
Señora de las montañas,
con tus dos ojos abiertos...

CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

Al poeta que en *Tierras de España* ha cantado tan fervorosamente a Navarra, no vamos a exigirle que nos ofrezca otra obra similar. El monumento levantado con sus versos es imperecedero. Con todo, Eduardo Marquina nos legó espontáneamente otras pruebas de cariño. Por ejemplo, en *Cuando florezcan los rosales*, comedia en tres actos y en prosa, escrita en 1912 y estrenada en febrero de 1913 (II, 41-158). El lector atento descubrirá que Marquina, en esta comedia, sigue espiritualmente en Roncesvalles, y no sólo por la fecha en que la escribió. En la acotación inicial del primer acto (II, 45), se nos pinta una sala grande convertida en «hall» a la moderna en la casa de campo del doctor Ayezcuca. Una puerta comunica con el cuarto del doctor Salazar. Escuchamos el elogio de uno de los mejores potros de Jorge Valtierra (59). Se proyecta una excursión a las yeguas (62). Valtierra es un buen productor y educador de potros (64-66). Una y otra vez habla Valtierra de sus yeguas, de una yegua navarra. El segundo acto, una tarde de agosto (90). El doctor Ayezcuca pasea por esos hayedos y encinares (106). El tercer acto comienza cuando acaba septiembre; un día gris, casi invernal. Salazar está de despedida. Hace un año, tal día como hoy mismo, llegaban a Madrid, de vuelta de «Los Rosales» (130). En Roncesvalles o «Los Rosales», lugar apropiado para la cura de montaña, nada ha cambiado: «La puerta cerrada como otros años, desde los primeros días de septiembre la enredadera sin hojas y sin flores... los montes con nieve..., el cielo gris...» (139). Es cabalmente el paisaje y clima de la despedida del propio Marquina con su mujer y su hijo.

EL REY TROVADOR

De la misma fecha, 1912, es la trova dramática, *El rey trovador* (II, 159-269). No sé si puede haber un recuerdo de la leyenda de Roncesvalles con el ciervo y la fuente, cuando dice:

que pase la puente
la corza bravia
que bebe en la fuente
de Santa María. (163)

De Navarra se acuerda el que pregunta:

¿Qué conde, en Vasconia, por Laura
tomó su montante de guerra? (176)

Y hay una alusión pasajera más adelante (195-196):

En pocos días llevaré mis hordas,
por la parte de Francia, a Normandía,
y por Italia, hasta Milán, la férrea,
y a Navarra y Galicia, por España.

FIN DE RAZA

Aparece sin fecha la narración en prosa *Fin de raza* (VII, 1264-1297). Bien pudiera haberla escrito también en 1912. Nos presenta a una anciana condesa y a su hijo. «Últimos vástagos de una de las más rancias familias españolas; cuyos sonoros apellidos ya los llevaba alguno de los caballeros montaraces que formaban en las huestes de don Sancho Abarca, la condesa y su hijo vivían, en la vieja capital de la provincia, apurando los últimos restos de una fortuna que había doblado, en ciertas épocas, la de los reyes de Navarra.» (1264) La condesa era viuda. «El señor conde, caudillo que había sido en la última guerra civil, murió en el campo de batalla derramando su sangre, al modo de los abuelos legendarios, por su Dios, por su patria y por su rey. Parte de la fortuna de los Garcés de Lambra la consumió también tan terca guerra...» (1265) Repetidas veces el hijo llama a su madre «madrita». (1269) Se instalan en una casita modesta con aires de viejo palacete, que poseían no lejos de la ciudad. Marquina se acuerda de su Cataluña cuando dice que unas cuantas «mojadas» de tierra de cultivo y arbolado rodeaban y envolvían al palacete. (1272)

Hay una clara alusión a Sarasate, cuando la condesa pregunta a su hijo, dedicado al estudio del piano: «¿Sabes que estos días el rey de Inglaterra ha recibido en su palacio a Pablo?... (La condesa pronunciaba el nombre de un músico famoso, que era muy querido en la región).» (1274)

Nos habla de los sanfermines al escribir: «Con ocasión de estarse celebrando las fiestas de la capital, hervía la ciudad de forasteros, venidos de muchas partes de España, y, principalmente de la corte. Número obligado de estas fiestas eran las corridas de toros y los conciertos dados por un virtuoso de fama mundial (el mismo a quien había recibido en audiencia el rey de Inglaterra) y que había nacido, como el condesito, en la ciudad vetusta. Estos conciertos atraían gran número de forasteros, aficionados al divino arte, que sólo acudían a aquel rincón para oír al ilustre virtuoso». (1282) En la página siguiente insiste en las dos corridas de toros y los conciertos sublimes del gran mago. El mago toca su violín privilegiado en casa de la condesa. (1286)

EL GRAN CAPITAN

La leyenda dramática de amor caballeresco titulada *El Gran Capitán* se escribió en 1915 (II, 1077-1206). En las notas del final del tomo, el autor dedica una especial a Pedro Navarro (1349), para justificar por qué «ha parecido útil personificar en Pedro Navarro la reacción de envidia y mal humor que los hechos, arrogancias y fortunas del Gran Capitán irían fatalmente suscitando entre sus iguales y subordinados». Denomina traición final a la resolución de Pedro Navarro de ponerse a sueldo del rey de Francia, al mando de vascos y gente del Delfinado, según Michelet. (1353) Pero Marquina en ningún momento saca a relucir la oriundez del capitán zapador que llaman Pedro Navarro. Lo más que se nos dice de él es «de casa de montañeses». Se lo recuerda un Zapata:

... del mismo cuero que vos;
de casa de yunta y carro,
poca tierra y menos mieses;
como vos, Pedro Navarro,
de casa de montañeses;
en tierra de maragatos,
Zapata... (1123)

Pintura que contrasta con la que el propio Gran Capitán hace de su cuna en otro lugar. (1100-1101)

De mi castillo en Montilla
los pies de gigante anegan
sus viñedos, que le llegan
a mitad de la rodilla.

Mal concepto de Pedro Navarro tiene la reina cuando previene al rey:

Pero ¡ay de vos si a la roca
donde estáis, hollando el barro,
dejáis que llegue la boca
de víbora de Navarro! (1170)

Se alude al título de conde otorgado a Pedro Navarro (1198), al que le vemos salir, escoltado por lanzas, hacia la frontera, pues se ha vendido a Francia. (1204)

LA EXTRAÑA

Tal es el título de un drama en tres actos, escrito en 1919 (III, 175-282). Drama en que vuelven a surgir recuerdos de Roncesvalles. «La acción, en una posada, cerca de Elorrio, pueblo que se supone en la frontera de España con Francia y en el Pirineo vasconavarro. El drama se desarrolla en nuestros días²¹ (176). En sus mocedades el amo de la posada fue jardinero en la Colegiata; y hoy mismo el jardín de la posada tiene fama hasta en Ruata y Cuatro Villas (176). A unas leguas de la posada están las minas de Ruata (190). El heno segado es sangre nuestra, dice la dueña de la posada (214). Uno que hacía el contrabando, arrinconó sus buenas onzas, tiene casas y fincas; es un hombre que ha hecho, en los peñascales del monte, caminos para él solo (198 y 203). Marquina recuerda y estampa ciertos vulgarismos escuchados por allí: a éste le gusta que le hagan «de» hablar (220); el otro antiyer (249); ya vendrán, si nos oirían (261); si lo habría hecho, no lo diría la niña (265). La Colegiata está a un paso (259).

LOS TRES LIBROS DE ESPAÑA

En esta obra lírica (VI, 1015-1173) tampoco faltan alusiones. En el poema «España en trance», Navarra encabeza las regiones con cinco versos:

Torre en campo de vientos,
Navarra austera y parca,
siembra de eternidad en los surcos sangrientos
que labraron tus reyes de azcona y abarca:
¡Dios te bendiga, peña donde asentar cimientos! (1093)

El poema es posterior al alzamiento de Franco, pues a continuación bendice a Galicia «por la cuna gloriosa en que le diste a España un Salvador».

Repetidas veces en *Tierras de España* vimos que Marquina a Navarra denominaba Vasconia, y vascones a los navarros. Ahora, cuando canta a Vasconia se refiere a Guipúzcoa con su San Ignacio (1095), o a Vizcaya con su Bilbao (1164), y su hermético idioma (1095 y 1164).

21 Elorrio no nos aleja de Roncesvalles, pues Marquina pudo oír alguna explicación parecida a la que registra Agapito MARTÍNEZ ALEGRÍA, O. C., p. 11: que Roncesvalles es un nombre dado por los francos y significa espinos-valles; y Vasconia recogió este nombre: Elorriaga.

En el «Recuento de un año» (1937), la Musa del poeta trae a los españoles la tropa

que en el valle y la altura
plantó la marca de su pie bizarra;
¡os trae, flamante, la armadura
del nuevo Imperio en hombros de Navarra! (1098)

En 1939, al lanzar por julio el grito de que ha nacido el Ejército dice:

Mujeres, madres
que lo engendráis desde Navarra. (1119)

En «Tres madres»:

Desde el primer momento,
primeras en la entrega,
dieron su corazón al Movimiento
la gente de Navarra y la gallega. (1135)

Y un poco más abajo menciona la boca hombruna de Navarra.

Con boca hombruna y boca femenina y con corazón agradecido, Navarra tiene que recordar a Eduardo Marquina en este primer centenario de su nacimiento.